

## **CAPÍTULO 7**

# **LAS OCUPACIONES RECIENTES DEL ABRIGO**



## 7.1. EL CAMBIO DEFINITIVO EN LA GESTIÓN DEL ABRIGO: EL TRAMO SUPERIOR DE LA SECUENCIA

Ll. Molina Balaguer  
Y. Carrión Marco  
O. García Puchol

M. Pérez Ripoll  
C. C. Verdasco  
G. Pérez Jordà

Los procesos de disminución en la intensidad del aprovechamiento que el grupo pastoril viene haciendo del abrigo hacia final de la Fase IV tienen su colofón en el establecimiento de una nueva dinámica de formación del depósito sedimentario. Si a techo de esta Fase ya se ha advertido la ausencia de indicadores que remitan a un aporte de ramón como complemento alimenticio, la apertura de una serie de fosas o silos en su último momento marca el definitivo cambio de rumbo que adquieren las ocupaciones a partir de ese punto. La razón de ser de estas fosas nos es desconocida, toda vez que se encuentran decapitadas por el corte sedimentario que marca el contacto con los niveles superiores, por lo que el nivel al cual estarían asociadas ha desaparecido. Por encima de ellas encontramos ya una nueva fase estratigráfica con unas características totalmente diferentes.

Por encima del Nivel V, se suceden una serie de paquetes en los que encontramos una notable incidencia de fracción, mayoritariamente gravas. Igualmente, las texturas muestran un carácter más arenoso. Como ya referimos en el capítulo 3, todo este tramo de la secuencia estratigráfica viene marcado por una activación de los agentes naturales, esencialmente el agua, en la formación de la misma. Ello ha derivado en un importante grado de alteración de los paquetes. Así, el Nivel IV, cuya potencia máxima no excede de los 20 cm, difícilmente puede seguirse por la totalidad del área excavada. Durante la campaña de 1999 en el Sector 2, en aquellos cuadros más cercanos a la fosa abierta por los clandestinos (línea de cuadros f), este nivel se diluía, siendo imposible su diferenciación respecto al Nivel III, suprayacente. Igualmente era apreciable junto a la pared del abrigo un marcado cambio en la composición del sedimento, aspecto este que venía documentándose desde que se levantara la capa más superficial de la estratigrafía. Sus característi-

cas —un sedimento muy lavado, con gravas—, sugieren que se trata del resultado de un repetido proceso de circulación hídrica junto a dicha pared, alterando mediante erosión y redeposición los diversos paquetes sedimentarios. Dentro de este nuevo contexto sedimentológico, las evidencias de prácticas como las de los fuegos de corral se encuentran totalmente ausentes.

El elemento más destacado de este Nivel IV es la presencia de una fosa abierta en el cuadro h-1 (*Fosa 3*), la cual claramente se prolonga más allá de la zona excavada. Su relleno básico estaba conformado por grandes bloques depositados de manera caótica, junto a un importante lote de restos materiales, entre los que debemos destacar un botón de perforación en V (Pascual Benito, en este capítulo) y la presencia, así mismo, de un pequeño fragmento de un vaso campaniforme inciso (lám. 7.1, nº 2).

Lo cierto es que, de acuerdo con la información aportada por el registro arqueológico recuperado en el interior de la fosa, ésta parece encontrarse totalmente desmantelada. Así nos lo indica, por ejemplo, el Vaso 6 (Molina, Volumen 2 CD), cuyos restos se encuentran tanto dentro de la fosa como repartidos por el Nivel IV, llegando a documentarse algún fragmento a techo del Nivel V. Igualmente, la disparidad cronológica que parecen mostrar algunos de los materiales de allí recuperados —desde un fragmento campaniforme hasta un resto posiblemente adscribible al Bronce final (lám. 7.1, nº 5)—, refuerzan la imagen de alteración de la fosa.

En el relleno de la misma no abundaban los restos orgánicos. El carbón recuperado en su interior es escaso, y probablemente procede de desechos domésticos variados utilizados para colmar la fosa. El conjunto de taxones identificados en ella se asemeja al espectro ofrecido en el carbón disperso del Nivel IV (fig. 7.1), salvo por pequeñas diferencias en los valores de algunos de ellos, caso de *Quercus perennifolia*, que se encuentra infrarrepresentado en la muestra de la fosa con respecto al carbón disperso. El relleno de las fosas y de otras estructuras excavadas se produce generalmente mediante vertidos sucesivos de desechos domésticos hasta que ésta se colmata completamente, de manera que es frecuente que su relleno en carbón sea afín al disperso por los niveles arqueológicos contemporáneos.

Lámina 7.1. Materiales cerámicos correspondientes a las ocupaciones prehistóricas recientes del abrigo.

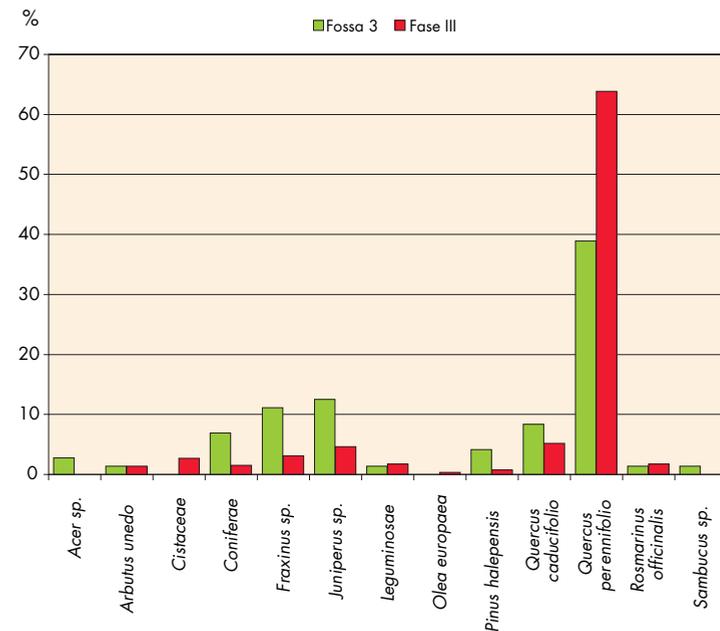


Figura 7.1. Gráfico comparativo de los taxones representados en el registro antracológico de la Fosa 3 y el resto de la Fase III (nivel IV).

La vegetación documentada en este Nivel IV comienza a gestarse desde el techo del nivel anterior, mostrando una dinámica de continuidad entre ambos, que hemos unificado en la Fase Antracológica 1 (fig. 6.2 y Carrión, Volumen 2 CD). Lo más llamativo es la drástica reducción de taxones caducifolios tales como *Fraxinus*, *Quercus caducifolia*, *Acer* o *Prunus*, a favor sobre todo de *Quercus perennifolia*, que dobla sus valores con respecto a fases anteriores. La disminución de *Fraxinus* en los niveles más recientes parece coincidir con el abandono de la actividad ganadera sistemática en el abrigo, avalada además por otros indicios materiales y estratigráficos como se ha mencionado, pero posiblemente también es reflejo de cambios en la composición de las formaciones vegetales cercanas, ya que se documenta un retroceso de todos los taxones caducifolios en general hasta casi desaparecer completamente, y una expansión de los perennifolios. En este sentido, la dinámica de todo el conjunto de taxones es coherente, por lo que parece deberse más a causas ecológicas que a un mero cambio de estrategia en la explotación antrópica del paisaje. El aumento de *Quercus perennifolia* ocurre paralelo al de otros taxones arbustivos característicos del cortejo del bosque esclerófilo mediterráneo, tales como las jaras, el romero, las leguminosas o *Rhamnus-Phillyrea*. Es posible que estos cambios sean consecuencia de una pérdida de humedad ambiental y/o edáfica en el barranco y, consecuentemente, se puede hablar de un aumento de la "mediterraneidad" en las formaciones vegetales.

Los pinos siguen sin tener una presencia importante en el barranco, incluso en momentos en que éstos son predominantes en gran parte de las secuencias regionales (Vernet, Badal y Grau, 1987; Dupré, 1988; Badal, 1990; Badal, Bernabeu y Vernet, 1994; Badal y Carrión, 2001). Los autores consideran la expansión de los pinares como una de las más directas consecuencias de la deforestación antrópica para la expansión de los campos de cultivo. Desconocemos la localización de las zonas agrícolas más cercanas a la Falguera, pero la escasa idoneidad para este fin de las zonas inmediatas al abrigo ha evitado que la tendencia generalizada se dejara sentir también en la secuencia de vegetación de este yacimiento.

Culturalmente, el Nivel IV se relaciona con la Fase arqueológica III, bajo la cual se engloban las ocupaciones prehistóricas

más recientes del abrigo. Aparentemente, esta fase parece caracterizarse por un importante incremento en la densidad de restos respecto a las fases anteriores. Sin embargo, y atendiendo a la amplitud cronológica que muestran los restos cerámicos (desde el campaniforme hasta el Bronce final: lám. 7.1 y Molina, Volumen 2 CD), esta apreciación pierde toda su validez. Si bien la mayoría de materiales pueden adscribirse a la Edad del Bronce, la escasa potencia desarrollada en un lapso cronológico que puede superar el milenio, habla bien a las claras de la escasa incidencia de dichas ocupaciones.

Pese a la ausencia de ciertos indicadores, caso de aportes de ramón apreciables en el registro antracológico, la vocación ganadera del abrigo parece mantenerse. A nivel microsedimentológico, seguimos detectando la presencia de los ovicápridos en el interior de la cavidad a través de la documentación de esferolitos (Verdasco, Volumen 2 CD). Por su parte, dentro de la extrema pobreza que muestra el registro faunístico, los restos de ovicápridos son abrumadora mayoría. Junto a ellos, debemos destacar el retorno al registro arqueológico de los restos de lagomorfos, que se sitúan en segundo lugar de importancia (Pérez Ripoll, Volumen 2 CD). Dentro de este registro continuamos documentando dentición decidua entre los ovicápridos. Todo ello nos permite considerar que durante estos momentos, se mantiene un cierto régimen de visitas y estabulación de rebaños en el abrigo.

A esta colección debemos añadir un fragmento de tibia y otro de fémur humanos. Debemos sumar así mismo otros dos restos procedentes de los niveles superficiales (fragmento de maxilar y diente) y un último fragmento de tibia en el nivel superior del Nivel V (UE 2011). Si bien, la vinculación de estos restos con la fosa anteriormente mencionada es sugerente, no tenemos prueba alguna del carácter funerario de la misma. Sin embargo, estas prácticas deben valorarse positivamente en el marco de esta fase, momento al que es más probable adscribir el conjunto de restos mencionados.

Dentro de la colección cerámica, el material más abundante, volvemos a documentar algunos recipientes grandes, tinajas y otros elementos de almacén. Ello sugiere, respecto a la fase

Lámina 7.2. Restos de queseras procedentes del Nivel IV. A la derecha, reconstrucción hipotética de uno de los recipientes reconocidos.



anterior, una nueva ampliación de la gama de actividades desarrolladas en el interior de la cavidad. El elemento más llamativo es la documentación de restos correspondientes a un mínimo de dos queseras (lám. 7.2). Su presencia indica la existencia de actividades de procesado de la leche. Las necesidades higiénicas que comportan dichas actividades implican que en determinados momentos era el grupo humano asociado (los pastores) y no el rebaño el que hacía uso de la cavidad, debiendo estabularse el mismo en un contexto diferente.

Por encima de este Nivel IV, y nuevamente en contacto neto, documentamos la fase siguiente (Fase arqueológica II), asociada al desarrollo del Nivel III. Éste se nos presenta como un pequeño paquete de escasa potencia, cuya característica principal es la identificación en su seno de algunos lechos de gravas, fruto de procesos de arroyadas difusas más o menos enérgicas. En ningún momento hemos podido identificar estructuras relacionadas con la presencia del ser humano en el abrigo.

De hecho, los escasos restos materiales que se asocian con este momento, son más bien la evidencia del abandono casi absoluto de la cavidad por parte de los grupos humanos posteriores a la Edad del Bronce. La cerámica a mano que encontra-

mos ahora debe su presencia, posiblemente, a procesos post-deposicionales de alteración del registro, mientras que el elemento más llamativo del mismo es la constatación, por primera vez, de cerámicas a torno. Se trata, realmente, de un puñado de pequeños fragmentos con un rango cronológico bastante amplio. Así documentamos algunos restos pertenecientes a la cultura ibérica, un fragmento mínimo de *sigillata* y algunos materiales más recientes, bajomedievales (lám. 7.3: 1-3). Junto a este lote, la recuperación de una moneda bajoimperial (Hurtado, en este capítulo), amplia aún más el abanico de momentos documentados.

Por encima de este episodio encontramos ya los dos niveles más recientes de la secuencia (Nivel I y II), diferenciados exclusivamente por el menor grado de apelmazamiento del primero respecto al segundo. Cronológicamente, su desarrollo se circunscribe, aproximadamente, a los últimos trescientos años de historia. Contrariamente a lo que hemos podido exponer respecto a las anteriores ocupaciones históricas, en época contemporánea el hombre vuelve a interferir de una manera muy marcada en la secuencia estratigráfica del abrigo. Así, pese a que la acción de diferentes agentes naturales (sobre todo el agua), sigue dejándose notar, la acción del hombre ahora se evidencia a través de

toda una serie de estructuras, algunas de las cuales han podido jugar un papel de primera magnitud a la hora de configurar el contexto arqueológico que hemos estudiado.

Así, a lo largo de este tramo, que conforma la Fase cultural I, documentamos la apertura de dos grandes fosas (*Fosa 1* y *2*) y la presencia de una serie de fuegos. *Fosa 1* sólo pudo excavar-se muy parcialmente al situarse sobre el mismo Corte A dejado por la campaña de 1981. Abierta en un momento indeterminado de esta fase, se adentraba en la estratigrafía hasta alcanzar la parte superior del Nivel VI. Su relleno estaba conformado por una serie de grandes bloques y un sedimento fino y suelto rellenando los intersticios dejados por éstos. En su interior encontramos algunos escasos restos cerámicos, tanto prehistóricos como a torno, muy fragmentados y rodados.

De un momento semejante debe ser *Fosa 2*. Excavada sobre el corte del Sector 3, no se ha podido determinar con exactitud su planta, pese a que parece dibujar un área subcircular. Como ocurría con la anterior, penetra profundamente en los paquetes neolíticos, alcanzando, igualmente, las capas superiores del Nivel VI. Si a la *Fosa 1* podemos considerarle un proceso de rellenado intencional y rápido (depósito de grandes bloques), la *Fosa 2* muestra unas características claramente diferentes. Aunque la presencia de bloques dentro del sedimento de la misma es una constante, éstos no representan una parte tan importante del relleno. El aspecto más interesante de esta fosa, sin embargo, es la documentación de un nivel de losas conformando un empedrado en la base de la misma ( lám. 7.4).

Dentro del relleno de la *Fosa 2*, junto a materiales prehistóricos de cronología diversa, se localizaron algunos recipientes a torno casi enteros —concretamente un par de *redomas*— cuya cronología no remonta más allá del siglo XVIII ( lám. 7.3: 4-5). Una de las consecuencias de la apertura de ambas fosas, como ya ha sido mencionado en otro momento, es el importante trasvase de materiales neolíticos fuera de su contexto “original”, quedando redepositados en los niveles superficiales del abrigo.

Sellando esta fosa se encuentra el primero de los fuegos contemporáneos documentados (*Hogar 5*). Por encima de él, y concen-

Lámina 7.3. Cerámicas bajo-medievales y modernas de los momentos más recientes de la secuencia del abrigo.



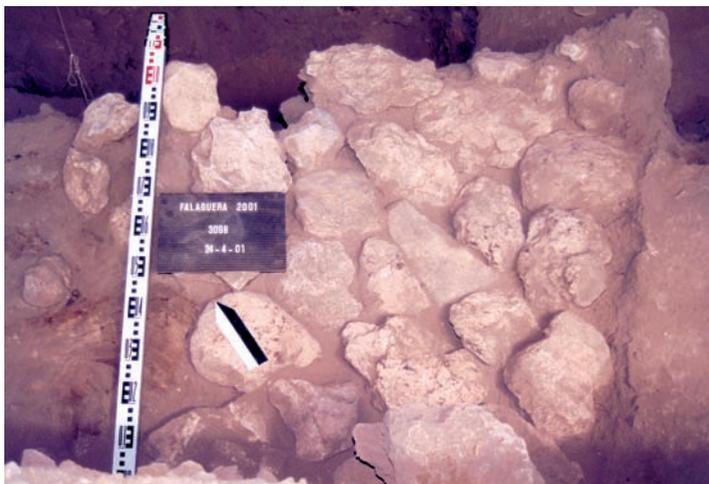


Lámina 7.4. Empedrado de bloques en la base de la Fosa 2. A su derecha, claramente cortada por la misma, se encuentra en planta la UE 3097, techo del Estrato VI.

trados alrededor del Sector 1 aparecen otros cuatro fuegos (Carrión, en este capítulo). Próximo a la localización de éstos se sitúa la última estructura antrópica reseñable de esta Fase, un muro de piedra seca que cerraba el abrigo, correspondiendo a las últimas ocupaciones ganaderas del mismo. Su levantamiento parcial durante la excavación del Sector 1 mostró cómo la base se introducía bastante dentro del sedimento de esta Fase, lo que nos habla de su antigüedad relativa (lám. 7.5).

Con estas evidencias —dejando a un lado la cata clandestina y nuestras propias actuaciones, intervenciones antrópicas al fin y al cabo— se cierra el ciclo de uso del Abric de la Falguera. Culminan así más de 8000 años de interacción entre el ser humano y el entorno natural del Barranc de les Coves.



Lámina 7.5. Muro de cierre del redil contemporáneo en el momento de iniciarse los trabajos en el Sector 1 (1998).

## 7.2. LAS OCUPACIONES PREHISTÓRICAS MÁS RECIENTES DEL ABRIC DE LA FALGUERA: MARGINALIDAD EN UN CONTEXTO PLENAMENTE ANTROPIZADO

Ll. Molina Balaguer

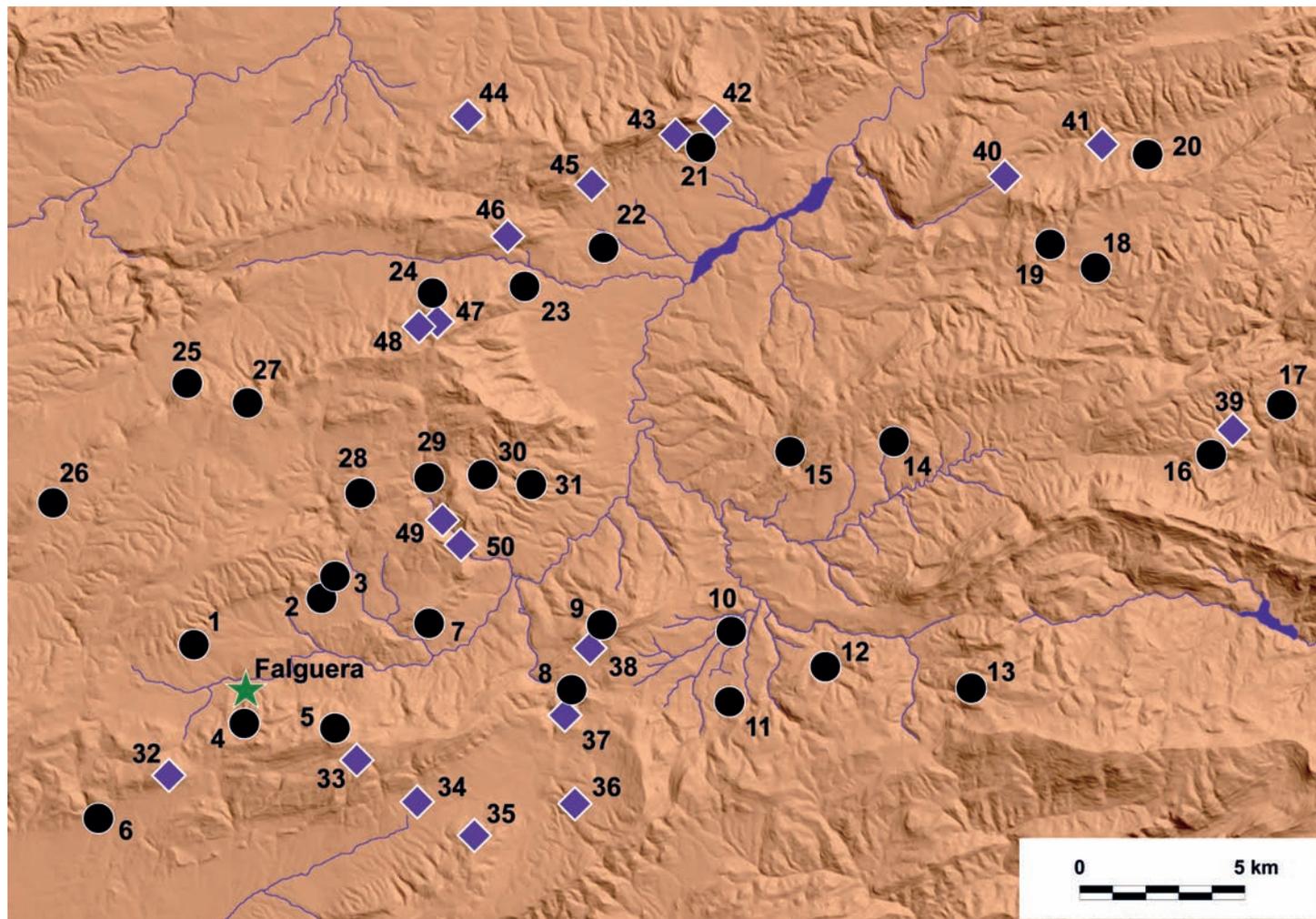
Y. Carrión Marco

El importante cambio de rumbo que nos muestra el estudio estratigráfico con el tránsito del Nivel V al Nivel IV, responde con toda claridad a una modificación de las estrategias de gestión del territorio por parte de las comunidades humanas. A partir de algún momento dentro de la segunda mitad del III milenio a.C., el Abric de la Falguera deja de ser utilizado como lugar habitual de estabulación de rebaños. La primera consecuencia de este cambio es una drástica reducción en el ritmo de formación del sedimento. Con ello, los agentes naturales también se hacen más evidentes en el registro estratigráfico.

Necesariamente, la presencia de los ovicápridos —constatada a través de algunos indicadores (*vid. supra*)— responde a situaciones puntuales, que no requieren por tanto, un mantenimiento tan exhaustivo del abrigo como así ocurría en la fase anterior. Éstas, al mismo tiempo, se compaginan con actividades humanas desarrolladas en momentos en los que aquellos animales no se encuentran presentes. El caso evidente lo representan los restos óseos humanos recuperados. El uso funerario del abrigo, pese a que pueda concernir a un único individuo, comporta toda una novedad en las formas de aprovechamiento del mismo. Lamentablemente, las condiciones de recuperación de los restos no nos permiten un encuadre cronológico del episodio. Así, a falta de una datación radiométrica directa sobre dichos restos óseos, no podemos saber si elementos como las cerámicas campaniformes recuperadas o los botones de perforación en V corresponden a un ajuar funerario o no.

Igualmente, y como ya ha quedado mencionado anteriormente, la presencia de queseras dentro del registro cerámico implican unas actividades de manipulación

Figura 7.2. Les Valls de l'Alcoi en la Edat del Bronce. Los círculos corresponden a asentamientos al aire libre, los rombos a abrigos y cuevas.



**Yacimientos:**

- |                     |                           |                           |                       |                             |
|---------------------|---------------------------|---------------------------|-----------------------|-----------------------------|
| 1. Mas del Corral   | 11. Castell de Benifallim | 21. Cercat de Gaianes     | 31. El Mastec         | 41. C. de les Llanties      |
| 2. Mas de Menente   | 12. Castell de Penàguila  | 22. Alt del Punxó         | 32. C. de la Moneda   | 42. C. del Benicadell       |
| 3. Mas d'En Miró    | 13. Tossal d'Aitana       | 23. El Frare d'Agres      | 33. Sima Simarro      | 43. C. Negra                |
| 4. Alt de l'Aviació | 14. Balones (AC-5)        | 24. Mola d'Agres          | 34. Mas de Felip      | 44. C. del B. del Castellet |
| 5. Pla del Timonar  | 15. Castell de Trabadell  | 25. Cabeço de Montserraes | 35. Sima del Pinaret  | 45. C. de la Dona           |
| 6. El Tormo         | 16. Penya de Pere Martí   | 26. Cabeço dels Llorenços | 36. C. Foradà         | 46. C. Beneito              |
| 7. El Castellar     | 17. Penya de l'Espel·la   | 27. Cabeço de Serrelles   | 37. C. del Barranc    | 47. C. dels Pilars          |
| 8. El Puig          | 18. Alcalà (A-2-5)        | 28. Altet de Canalis      | 38. C. Cau de Raboses | 48. C. del Moro             |
| 9. Ull del Moro     | 19. Tossal de la Roca     | 29. Mola Alta de Serelles | 39. C. de Santa Maira | 49. C. de la Boira          |
| 10. Mas d'ls        | 20. Penya de la Retura    | 30. Piquet del Baladre    | 40. C. d'En Pardo     | 50. C. del Conill           |

realizadas al margen de la presencia de los animales. Esta diversidad de actividades, sin embargo, no debe hacernos olvidar el carácter puntual y/o poco intensivo de todas estas ocupaciones.

Esta marginalidad, sin embargo, contrasta con el aparente desarrollo de los asentamientos humanos en el valle del Barxell-Polop. Efectivamente, durante la Edad del Bronce, se documentan una serie de emplazamientos al aire libre a lo largo de todo el valle (fig. 7.2). Éstos mantienen la tónica habitual de situaciones en alto propia de la mayoría de poblados conocidos para este período.

Este aumento en las evidencias del poblamiento, sin embargo, no puede contemplar la contemporaneidad de todas ellas. Los datos disponibles nos hablan de un amplio margen cronológico donde encuadrar dichas ocupaciones. Así, los trabajos realizados en el Mas del Corral (Trelis, 1988, 1992), han ofrecido algunas de las dataciones más elevadas para la Edad del Bronce en estas tierras —con el grado de incerteza derivado de datar carbón—:  $3710 \pm 65$  bp: 2295-1918 a.C.;  $3770 \pm 60$  bp: 2353-2021 a.C. Se encuentran éstas, sin embargo, en consonancia con aquellas otras procedentes de los yacimientos alicantinos de Terlinques y la Cova de les Cendres o el valenciano de la Lloma de Betxí (Jover, 1999; Bernabeu, Fumal y Badal, 2001). Frente a estas tempranas ocupaciones en el Mas del Corral, materiales recuperados tanto en este mismo yacimiento como en el cercano Mas d'En Miró remiten ya a momentos tardíos en la secuencia cultural de la Edad del Bronce (Rubio, 1987; Trelis, 1988, 1992; Pérez Botí, 2000), confirmando con ello, las informaciones obtenidas en el propio Abric de la Falguera.

Estos emplazamientos al aire libre del valle del Barxell-Polop corresponden en su totalidad a asentamientos de pequeño tamaño (ninguno alcanza la media hectárea de extensión). Tanto los trabajos mencionados en el Mas del Corral como, sobre todo, las históricas actuaciones en el Mas de Menente (Pericot y Ponsell, 1928), permiten aproximarnos a la organización interna y características de estos poblados. Así, pese a su reducido tamaño, debemos valorar el notable incremento de la densidad de estructuras respecto a los poblados del milenio anterior (caso, por ejemplo de Niuët o Arenal de la Costa).

Es este reducido tamaño, junto a la localización que presentan algunos de ellos —enclavados en terrenos muy abruptos y lejos de áreas agrícolas potenciales—, lo que ha llevado a considerarlos como yacimientos especializados (Pérez Botí, 2000, 2004). Según este autor, serían las actividades pecuarias, junto a un componente recolector y cazador, las que los definirían. Desde este modelo, la cercanía del Abric de la Falguera a uno de estos emplazamientos al aire libre (L'Alt de l'Aviació), podría hacernos pensar que el interés por mover el rebaño hacia cotas más altas de la sierra, pudo influir en el cambio de valor del abrigo dentro de la organización que estas comunidades tenían del valle.

La situación que vive Falguera durante este período contrasta con la que se documenta en otras cavidades de la comarca. Frente a lo que venía siendo habitual en los períodos históricos anteriores, durante la Edad del Bronce asistimos a una reactivación en el rango de las actividades desarrolladas en su seno. Junto al carácter funerario que se mantiene en algunas de ellas (p. ej. Cova d'En Pardo, Cova del Barranc del Castellet) y el uso como cueva-redil (Cova de les Cendres), documentamos también una serie de cavidades caracterizadas por importantes volúmenes de materiales arqueológicos, incluyendo en algunos casos, no sólo cerámicas, sino también material de molienda, objetos de piedra pulida, etc. (Fairén, 2004b). Su situación, siempre próxima a poblados, comporta que debamos considerarlas como parte integrante del sistema de hábitat durante la Edad del Bronce.

No podemos dejar de tener presente que durante este período, y ciñéndonos al ámbito centro-meridional valenciano, parece que asistimos a una nueva reordenación de las bases económicas que sostienen la sociedad. Así, junto al habitual predominio de cereales y leguminosas, empiezan a documentarse toda una serie de nuevos cultivos, entre los que se incluyen tanto cereales de ciclo corto (caso del mijo: Cabezo Redondo, en Villena: Soler, 1987) como especies nuevas, caso del lino. La presencia de esta especie es mencionada puntualmente con anterioridad al II milenio a.C., sobre todo en áreas peninsulares más meridionales, si bien, no queda claro su carácter doméstico o silvestre (Buxó, 1997: 126-127). Sin embargo, durante la Edad del

Bronce la documentación se vuelve mucho más sólida, extendiéndose hacia otras zonas de la península, llegando a los Pirineos (Cova de Punta Farisa, en Huesca: Alonso y Buxó, 1995). En nuestro ámbito, el caso más cercano lo encontramos en el poblado de la Mola d'Agres (Grau *et al.*, 2004).

En consonancia con estos cambios, la explotación ganadera también ve modificadas sus estrategias. Si bien los estudios de fauna aún son bastante escasos en nuestro ámbito, parece, como ya hemos tenido oportunidad de referir anteriormente, que la obtención de productos derivados se consolida como una orientación básica de los rebaños. Dentro de los ovicápridos, las cabras adquieren un papel cada vez más importante, apareciendo en igual proporción, o incluso superior, a la de las ovejas (p. ej. Lloma de Betxí o Muntanya Assolada: Sarrión, 1998). Entre los patrones de sacrificio se documentan animales a los que se les ha mantenido hasta edades elevadas. En el caso de la cabra, la obtención de leche, parece ser el recurso básico, teniendo en consideración, además, la presencia constante de queseras dentro de los registros arqueológicos de estos momentos. La posibilidad de la explotación de la lana en el caso de las ovejas, ha venido siendo defendida por diversos autores (p. ej. Martínez Valle, 1994; Pérez Ripoll, 1999) en base a estos patrones de sacrificio.

Esta opción, que ya hemos recogido en el capítulo anterior, se enfrenta al problema de reconocimiento directo de cuándo se documenta la existencia de ovejas laneras en nuestras tierras. Cierto es, sin embargo, que su explotación está sobradamente testada en época ibérica (Iborra, 2000), con lo que cabe la posibilidad de remontar su presencia a algún momento anterior. De esta manera, la presencia creciente de elementos identificados como pesas de telar en los contextos valencianos de la Edad del Bronce (López Mira, 2004), podría responder tanto a trabajos sobre lino como sobre lana.

Todo este nuevo contexto económico parece relacionarse con un nuevo marco social, cuya plasmación más evidente la encontramos en las nuevas formas de poblamiento. Así, junto al desarrollo de las estructuras de hábitat construidas en piedra, con el consiguiente incremento del volumen de trabajo invertido, debe-

mos unir un nuevo tipo de urbanismo. Este elemento es de capital importancia, puesto que es en este marco físico (los poblados) donde las diferentes unidades domésticas desarrollan buena parte de sus relaciones sociales de producción y reproducción. La concentración de estructuras en poblados frente a la aparente autonomía que muestran las cabañas conocidas en etapas anteriores coincide, igualmente, con la incorporación de estructuras más "monumentales": importantes acondicionamientos y aterrazamientos en las laderas de las lomas donde son asentados, construcción de murallas, torres, etc. Sin embargo, no siempre estas estructuras deben ser leídas por su carácter defensivo. La opción de que se traten de elementos de ostentación por parte de las unidades residentes debe ser tomada igualmente en cuenta (Molina y McClure, 2004).

Paralelamente, al menos para las zonas meridionales del País Valenciano, la posibilidad de una jerarquización en los patrones de ocupación, acompañado del establecimiento de asentamientos especializados en el control del territorio (Jover y López-Padilla, 1999, 2004), define un marco diferente de relaciones intergrupales así como de relación de dichos grupos con el territorio sobre el que se asientan.

No debemos, sin embargo, leer estos cambios como el colofón o culminación de un proceso evolutivo arrancado en el Neolítico. Los cambios existen, como hemos visto. Y la diversidad de estrategias de gestión de los recursos y formas de explotación del paisaje que ejemplifica Falguera y su entorno son un buen ejemplo de ello. En estos dos últimos capítulos hemos tenido la oportunidad de ver cómo los diversos grupos productores han generado una serie de dinámicas socioeconómicas cambiantes, reflejadas en el devenir de la secuencia estratigráfica del abrigo. En ningún caso puede ello servir para "escalar" un proceso de creciente complejidad. La secuencia prehistórica que se ha exhumado en el Abric de la Falguera es el resultado de una serie de proyectos sociales y económicos desarrollados por las poblaciones que ocuparon estos valles a lo largo de la Prehistoria reciente. Cada uno de ellos estableció una forma particular de articular las relaciones que definen su lógica interna, relaciones que vinculan a los diferentes agentes que conforman el sistema, tanto entre sí, como con su entorno natural y social.

## Los botones de marfil de Falguera

Josep Ll. Pascual Benito

Entre la industria en materia dura animal recuperada en Falguera existen materias primas de procedencia variada. Los útiles se confeccionaron a partir de materias de origen local, con determinados huesos de animales silvestres procedentes de la caza y, en menor medida, de la matanza de alguna oveja del ganado, o de la recolección en un bosque próximo al abrigo de cuernas de ciervo de desmogue.

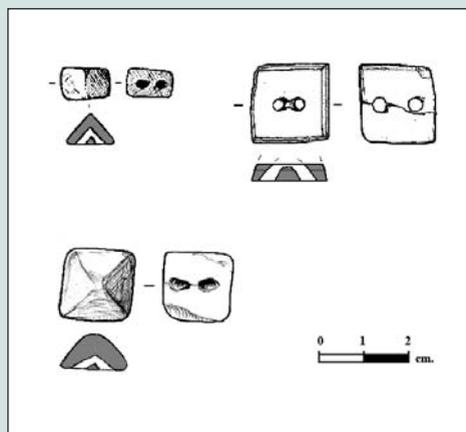
En el caso de los adornos, las materias primas seleccionadas para su fabricación son más diversas. Dentro del conjunto ornamental escasean los materiales que pueden conseguirse en las proximidades del yacimiento como son los huesos de animales y las conchas de *Theodoxus fluviatilis* –pequeño gasterópodo de aguas continentales–, mientras que son mayoritarias las conchas marinas, cuya fuente de abastecimiento más cercano dista unos 30 km en línea recta del yacimiento, si bien la distancia a recorrer hasta la costa resulta mayor por lo intrincado del relieve.

Existe además otra materia prima que tiene un origen muy lejano, el marfil, cuya fuente de aprovisionamiento es extracontinental. En Falguera se han documentado dos botones de marfil, uno piramidal en la Fase I y otro prismático corto en el sondeo de 1981. El primero de ellos se encuentra claramente desplazado de su contexto. Ambos botones deben corresponder a la Fase III porque en ella apareció un tercer botón piramidal de perforación en V, pero de concha, y contiene además materiales cerámicos que frecuentemente se asocian a este tipo de botones.

El contexto de la Fase III es incierto pues en ella se mezclan materiales que poseen una extensa cronología, desde el campaniforme hasta los momentos finales de la Edad del Bronce. La presencia de dos restos humanos en esta fase incide en la utilización funeraria del abrigo. Desde esta

óptica resulta posible que los botones de perforación en V formaran parte del ajuar funerario junto con el vaso campaniforme con decoración incisa, un fragmento del cual se documentó en esa fase, y un cuenco campaniforme con decoración incisa e impresa, cuyos fragmentos se encontraron en las fases superiores revueltas

Esta misma asociación cerámica campaniforme y botón de perforación en V, aunque de piedra, la encontramos también en una cueva de enterramiento relativamente cercana como es la Cova del Negre (Cocentaina) (Pascual, 1987, 146),



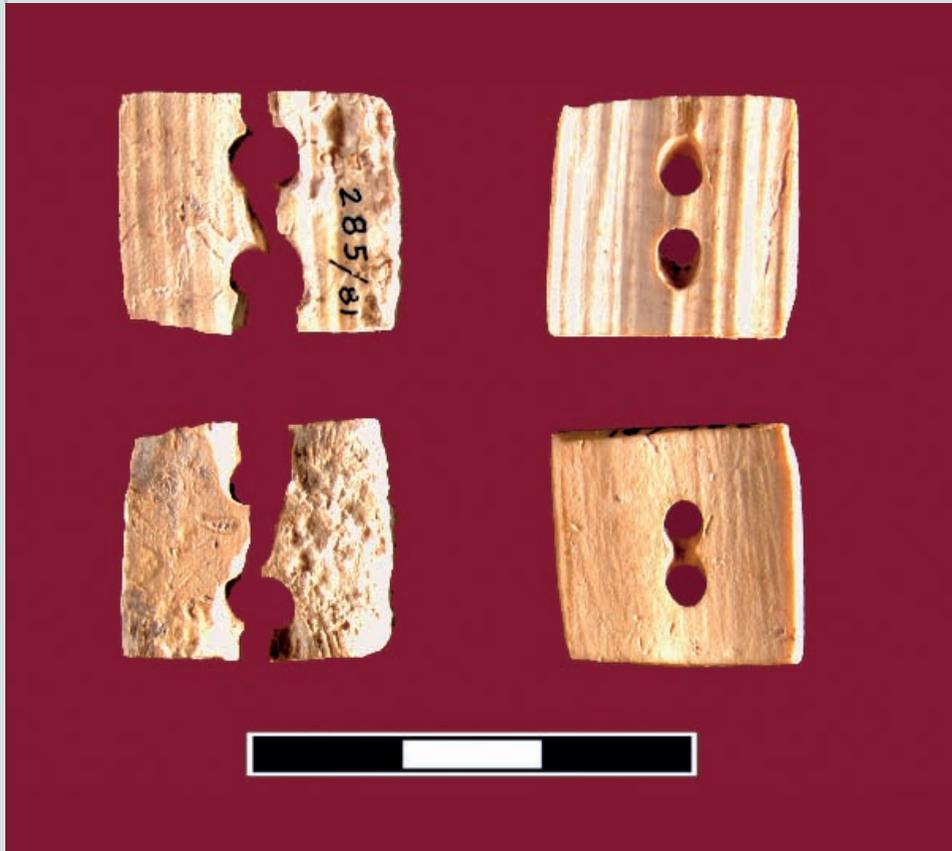
Botones con perforación en V documentados en Falguera. Los dos de la parte superior son de marfil y el de la inferior de concha.

yacimiento ubicado en un lugar más escarpado y sin ocupación humana anterior. Tanto en Falguera como en Negre se desconocen los lugares de hábitat del horizonte campaniforme que, en todo caso no parecen hallarse en las proximidades de las cavidades sepulcrales. Este hecho contrasta con lo puesto de manifiesto en el no muy lejano

Arenal de la Costa (Ontinyent), donde los enterramientos se realizan en estructuras subterráneas dentro de la zona de hábitat y sin ajuar, lo que indica una dualidad en las costumbres funerarias de este momento, puestas de manifiesto también por las diferencias observadas en los ajuares funerarios.

Los botones piramidales de marfil no abundan en los yacimientos valencianos documentándose durante el Campaniforme (Arenal de la Costa) y la Edad del Bronce (San Antón, Mola d'Agres, Cagalló del Gegant, Lloma de Betxí y El Picarcho). Sin embargo, los botones prismáticos cortos de marfil son más numerosos y presentan el mismo desarrollo temporal, con un par de ejemplos en el Campaniforme (Cendres y Gats) y mayor presencia durante la Edad del Bronce (Illa de Campello, Mola d'Agres, Muntanya Assolada, Lloma de Betxí, La Joquera), apareciendo además en otros yacimientos en cueva (Barcella y Santa Maira). Así mismo en algunos yacimientos relativamente próximos a Falguera se documenta también el marfil por medio de otros productos: un colgante en el poblado de la Edad del Bronce de Cabezo Navarro (Ontinyent), un brazalete en la Cova dels Pilars y un colgante prismático y un prisma corto de base rectangular en la Cova de la Pastora. En este último yacimiento ubicado también en el término de Alcoi, la mayor parte de los materiales de los ajuares funerarios corresponden a un horizonte precampaniforme, pero entre ellos existe una punta de Palmela y varios aretes de cobre y plata, elementos que aparecen en el País Valenciano durante el Campaniforme (Pascual, 1995, 21)

En otras regiones peninsulares ambos tipos de botón –piramidal y prismático corto– también realizados en marfil se documentan en Andalucía oriental, Murcia y en La Mancha en contextos campaniformes y de la Cultura del Argar o del Bronce de la Mancha, con hallazgos más aislados de botones



Anverso y reverso de los tres fragmentos de un botón prismático de marfil con perforación en V. Los fragmentos de izquierda, documentados en la fase I, corresponden a la base del botón, y el de la derecha, que pega con los anteriores, en el sondeo de 1981.

prismáticos en contextos funerarios del calcolítico final en el País Vasco, lo que nos da idea del alcance de las redes de intercambio que mueven este tipo de materiales (Pascual, 1995, 24).

El marfil con que están confeccionados estos botones no es la materia prima más frecuente para este tipo de productos, que mayoritariamente se fabrican con hueso y, en menor medida, con concha o con piedra (Uscatescu, 1992). Las características físicas del marfil de materia compacta y dúctil, en la que es posible un lustrado que le da a la superficie un aspecto uniforme y brillante, han hecho que, en regiones donde abundaban los proboscídeos, fuera trabajado durante el Paleolítico Superior para fabricar adornos e instrumentos. Con la desaparición de estos animales en Europa a finales del Pleistoceno, y la imposibilidad de que el marfil fósil procedente de los mismos fuera trabajado, el marfil que se documenta a partir del Calcolítico en la Península Ibérica posee sin duda una procedencia extracontinental,

encontrándose sus fuentes de aprovisionamiento más próximas en el norte de África.

La presencia de marfil en yacimientos calcolíticos y del bronce peninsular ha sido explicada como consecuencia del comercio con el Norte de África, en función de la demanda de objetos de prestigio por parte de algunos de los grupos de más elevado estatus socioeconómico del mediodía peninsular, comercio que explicaría la presencia en algunos yacimientos magrebíes de cerámica campaniforme, puntas de Palmela y puñales de lengüeta (Harrison y Gilman, 1977) o de productos metálicos con morfometrías y asignaciones isotópicas similares a los del valle del Guadalquivir (Nocete, 2001, 96).

No parece que las comunidades campaniformes y de la Edad del Bronce asentadas en tierras valencianas tuvieran la capacidad suficiente para obtener directamente el marfil de su lugar de origen. La distribución de los objetos de mar-

fil en la península Ibérica nos muestra que abundan en el sudeste y regiones limítrofes, y se enrarecen a medida que nos alejamos de esa zona. Además en el País Valenciano la presencia de marfil resulta más tardía que en el mediodía peninsular, donde está bien documentada en contextos anteriores al campaniforme como materia prima de una amplia gama de objetos no utilitarios. Resulta por tanto fácil deducir que el marfil documentado en los yacimientos valencianos procede de relaciones de intercambio con comunidades meridionales.

El flujo de materiales de procedencia meridional se constata desde los primeros horizontes neolíticos con la presencia de adornos de esquisto, cuyo ámbito litogenético se sitúa en los dominios internos de las Cordilleras Béticas, incrementándose posteriormente. Hacia el final del Neolítico se constata un aumento de los contactos entre los grupos del sudeste peninsular y los de las comarcas centrales valencianas, que tiene su constatación en

el importante flujo de una serie de recursos líticos destinados al instrumental de piedra pulida, cuya área de abastecimiento se vuelve a situar en las zonas internas de las Cordilleras Béticas y, en menor medida, en la Sierra de Orihuela, (Orozco, 1993, 105), tendencia que se acentúa durante el Campaniforme al tiempo que se añadirían otros productos como los metales y el marfil.

Con los datos disponibles todo apunta a que en los momentos campaniformes el marfil llega a las comarcas centrales valencianas ya manufacturado como botones, aprovechando unas redes de intercambio ya consolidadas previamente. Algunos siglos más tarde, durante el Bronce Pleno, se constata que el marfil llega a algunos lugares como materia prima en bruto, mediante porciones de colmillo, como ocurre por ejemplo en la Mola d'Agres, poblado ubicado en la vertiente opuesta de la Serra de Mariola. Allí, a partir de rodajas de colmillo, se fabricaban botones de perforación en V –piramidales y prismáticos–, colgantes y brazaletes, piezas que se distribuirían selectivamente en un área próxima, tal vez con el fin de asegurar relaciones de dependencia.

Resulta difícil pronunciarse sobre los mecanismos que sustentaron la fluida circulación del marfil que permitió su presencia en amplias zonas del mediodía peninsular, pudiendo obedecer a motivos muy diversos. Podría ser consecuencia de la existencia de circuitos comerciales bien establecidos en los que se intercambiarían materias primas, manufacturas y otros productos. Si ése fuera el caso, dado que todo intercambio es bidireccional, cabe preguntarse por la contrapartida, por el tipo de producto que podía ofrecer la población de esta zona a cambio del marfil. El valle de Polop no dispone de materias primas como minerales o metales y resulta poco probable que la actividad agropecuaria fuera más allá de lo necesario para el consumo doméstico, generando un stock que se destinara al intercambio, a la adquisición de productos de prestigio o de lujo. Por lo tanto, más que en el aspecto económico hay que buscar la explicación de este intercambio en aspectos sociales.

Desde esa perspectiva, la presencia de marfil podría interpretarse como resultado de unos contactos políticos entre grupos culturales, testimonio

material de unas obligaciones de carácter diplomático en las que se ofrecen regalos con la finalidad de afianzar las relaciones entre los dirigentes de esos grupos.

En cualquier caso, estos productos nos indican el gran desarrollo que alcanza una red de intercambios que hace llegar materias primas singulares y de origen muy lejano a determinados individuos. El acceso a esos bienes relacionados con la ostentación y el prestigio sería limitado, al alcance de pocos individuos y testimonian una sociedad jerarquizada. Sin duda, las manufacturas confeccionadas con marfil, estarían dotadas de un simbolismo especial, pues a sus propias características físicas se uniría su escasez, su procedencia lejana y, probablemente, las referencias que podrían circular sobre el tipo de animal del que procedía el marfil.

En definitiva, los botones de marfil de Falguera se integran en el poco conocido mundo de los intercambios prehistóricos y, en el caso de pertenecer a un enterramiento, delatan cierto status social de la persona allí inhumada.

## BIBLIOGRAFÍA

HARRISON, R. J., GILMAN, A. (1977). Trade in the second and third millennia B.C. between the Maghreb and Iberia, en *Ancient Europe and the Mediterranean*, Warminster.

NOCETE, F. (2001). *Tercer milenio a.n.e. Relaciones y contradicciones centro/periferia en el Valle del Guadalquivir*. Bellaterra.

OROZCO KÖHLER, T. (2000). *Aprovisionamiento e Intercambio. Análisis petrológico del utillaje pulimentado en la Prehistoria Reciente del País Valenciano (España)*. BAR International Series, 867.

PASCUAL BENITO, J. LL. (1987). Les coves sepulcrales de l'Alberri (Cocentaina). El poblament de la vall mitjana del riu d'Alcoi durant el III milenari AP. *Saguntum (PLAV)*, 21: 109-159.

PASCUAL BENITO, J.LL. (1995). Origen y significado del marfil durante el horizonte campaniforme y los inicios de la Edad del Bronce en el País Valenciano. Homenatge a la Dra. Milagro Gil-Mascarell. Vol. I. *Saguntum (PLAV)*, 29: 19-33.

USCATESCU, A. (1992). *Los botones de perforación en "V" en la Península Ibérica y las Baleares durante la Edad de los Metales*, Foro, Madrid.

## Una moneda de Claudio II en la Falguera

Tomás Hurtado Mullor

El abric de la Falguera, con una secuencia estratigráfica prehistórica que abarca desde el Mesolítico Reciente hasta la Edad del Bronce, estuvo frecuentado hasta hace relativamente poco tiempo, como evidencia el muro de cierre que delimitaba el área para albergar animales, así como los restos de hogueras o zonas de combustión (García Puchol y Aura, 2000, 63). Durante la época ibérica y romana parece que fue también ocupado, tal vez esporádicamente, encontrándose en las capas superficiales de la excavación materiales de estas etapas históricas. En un primer momento, al estudiarse los restos arqueológicos que se pudieron recuperar de la actuación clandestina documentada en 1981 (Aura, 1984, 98), ya aparecieron algunos restos materiales con esta cronología mezclados con los prehistóricos.

La campaña de excavación de 1999 proporcionó, en la unidad estratigráfica 2002, una moneda de Claudio II "el Gótico", cuya ficha de catalogación es la siguiente:

Antoniniano. Claudio II. Roma. (268-270 d.C.).  
Anv. [ ] Leyenda parcialmente fuera de cospel.  
llegible.  
Cabeza radiada de Claudio II a der.  
Rev. LIB[E]RA[LITAS A]VG  
Libertad de pie sosteniendo una *tessera* y una cornucopia.  
1,61 g. 6 h. UE 2002  
Ref. Bibliográfica RIC VI nos 57-58.

No tenemos un buen conocimiento de la circulación monetaria en l'Alcoià durante la Antigüedad. Las líneas generales por las que discurrió la economía en el Imperio romano durante la segunda mitad del siglo III d.C. fueron las de una subida generalizada de los precios. La crisis económica comenzó a repercutir considerablemente sobre el numerario a partir del reinado en solitario de Galieno, tras la muerte de su padre Valeriano, en el 260 d.C. Durante los últimos años de su gobier-

no (266-268 d.C.) la inflación alcanzó unas dimensiones desorbitadas (Callu, 1975, 215 y ss). Cuando Claudio II (268-270 d.C.) subió al trono, el sistema monetario estaba severamente afectado; prueba de ello fue la devaluación de la moneda de vellón, el antoniano, que desde su implantación por Caracalla fue perdiendo calidad, disminuyendo la cantidad de plata en la misma desde la mitad de la masa de la moneda hasta tan sólo un 1 ó 2 % de ésta (Cope *et al.*, 1997, 27).



Para paliar la necesidad de moneda se comenzaron a efectuar imitaciones de las acuñaciones oficiales, siendo las más abundantes las que toman como modelo las emisiones de la consagración de Claudio II. Dichas imitaciones se realizaron tras la muerte de Claudio II en diferentes momentos y lugares, circulando durante todo el siglo IV d.C. en distintos puntos del Imperio tales como África (Callu, 1974) o Hispania (v.g. su recuperación en contextos arqueológicos del IV d.C. en el Grau Vell (Sagunt), vid. Gozalbes, 1999, 74; cf. también Ripollès, 2002) Todo esto hace que en los análisis de circulación monetaria se considere un período las fechas 260-284 d.C. atendiendo a la fecha de acuñación de la moneda.

De los hallazgos monetarios en la zona (Ripollès, 1980, 61) destaca por su número el grupo de

monedas bajoimperiales del yacimiento de La Serreta (Vicedo, 1920-1922, 157-158; Vicedo, 1959, 68 y Ripollès 1980, 117-121) aparecidos en lo que se ha considerado un santuario en el extremo opuesto de la montaña donde se localiza el poblado y la necrópolis ibérica. Se piensa que los fieles materializarían sus ofrendas en un primer momento con terracotas y con posterioridad con monedas (Abad, 1984, 274) (en breve se publicará el estudio de las monedas por I. Garrigós y J.A. Mellado en el nº 13 de *Recerques del Museu d'Alcoi*). De las más de 40 piezas que se concentran entre los siglos III y IV, salvo un as republicano, (Ripollès, 1980, 117), 9 pertenecen al período de los años 260-284 d.C. Hay documentados más hallazgos monetales de esta fase. Una moneda de Claudio II se halló en Fontanelles (Muro de l'Alcoi) (Torregrosa, 1996, 205), así como una fracción de *folles* de finales del III d.C., principios del IV d.C. en el yacimiento de l'Ermita en Onil, en la superficie (García Borrachina y García Gandía, 2002-2003, 191).

La teoría extendida de un mayor abastecimiento en la costa que en el interior, donde hay más necesidad de moneda (Arroyo, 1982, 145) se ha reafirmado con los estudios de la circulación en dos puertos de la costa tarraconense; el *Portus Ilicitanus* Abascal (1989) y el puerto de *Arse-Saguntum*, el Grau Vell (Gozalbes, 1999), pero no debemos minusvalorar la masa monetaria de los *agri* que hay que mirar desde otra perspectiva. El análisis de un área como las comarcas del Vinalopó marca también este fenómeno, a tenor de las indicaciones de los autores de la monografía de que la mayoría de monedas de estas fechas provienen de un único enclave (Alberola y Abascal, 1998, 128). Pero hemos de atender a que el ritmo de entrada de moneda es más lento en el ámbito rural porque hay mayor selectividad de ésta y su renovación se produce más despacio (Lledó, 2004, 124). La que sí es muy escasa es la incidencia de las monedas de los usurpadores

galos en el interior que se han supuesto arribarían por la costa (Arroyo, 1980, 40).

Otros yacimientos prehistóricos del entorno sufrieron un proceso de habitación parecido al de la Falguera. En la Cova de la Pastora se hallaron “dos menudas monedas de cobre, una medieval y otra de Regalianus al parecer” (Ballester, 1949, 63) durante las excavaciones efectuadas por S. Pascual entre 1945-1950. Se trata de una moneda póstuma de Claudio II y un dineret valenciano de Felipe III ó IV que ingresaron en el SIP (8238 y 8237) al concluir las intervenciones arqueológicas (agradecemos el acceso a las monedas al personal del SIP, en especial a Manuel Gozalbes). En las cercanas cuevas prehistóricas a Alcoi de la Figuereta o de la Boira se observa la presencia de cerámica romana (Grau, 2002-2003, 118).

El radiado de Claudio II es un simple vestigio tangible del merodeo del lugar en época romana, pero nos parece bastante indicativo de que la Falguera pudo continuar sirviendo de refugio en esos momentos.



Figura 1. Antoniniano de Claudio II encontrado en la Falguera, ampliado por 2,5 y por 1,5 respecto del tamaño original.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, L. (1984). Romanización. *Alcoy Prehistoria y Arqueología. Cien años de Investigación*, Alcoi, pp. 259-276.
- ABASCAL, J. M. (1989). *La circulación monetaria del Portus Ilicitanus*. València.
- ALBEROLA, A., ABASCAL, J. M. (1998). *Moneda antigua y vida económica en las comarcas del Vinalopó*. València.
- ARROYO, R. (1980). Las acuñaciones de los emperadores galo-romanos y su circulación en el País Valenciano. *II Symposium Numismático de Barcelona*. Barcelona, pp. 31-41.
- ARROYO, R. (1982). Volumen y repercusión de la inflación monetaria romana del 261-269 d.C. en la Tarraconense costera meridional. *Saguntum (PLAV)* 17, pp. 131-145.
- AURA, J. E. (1984). Las sociedades cazadoras y recolectoras: Paleolítico y Epipaleolítico en Alcoi. *Alcoy. Prehistoria y Arqueología. Cien Años de investigación*, Alcoi, pp. 133-155.
- BALLESTER, I. (1949). Excavaciones en “Cova de la Pastora (Alcoy). *La labor del Servicio de investigación Prehistórica y su Museo en los años 1940 a 1948*, pp. 39-65.
- CALLU, J. P. (1974). Remarques sur le trésor de Thamusida III: les Divo Claudio en Afrique du Nord. *Mélanges de l'école Française de Roma. Antiquité* 86, pp. 523-547.
- CALLU, J. P. (1975). *La politique monétaire des empereurs romains de 238 à 311*, París.
- COPE, L.H., KING, C.H., NORTHOVER, J.P., CLAY, T. (1997). *Metal analysis of Roman Coins minted under the Empire*, British Museum Occasional Papers number 120, London.
- GARCÍA BARRACHINA, A. M., GARCÍA GANDÍA, J. R. (2002-2003). El jaciment romà de l'Ermita (Onil, Alacant). *Recerques del Museu d'Alcoi* 11-12, pp. 187-194.
- GARCÍA PUCHOL, O., AURA, J. E. (2000). L'Abric de la Falguera, en Aura J.E.; Segura, J.M. (coord.), *Catàleg Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó. Alcoi*, Alcoi, pp. 63-66.
- GOZALBES, M. (1999). *Los hallazgos monetarios del Grau Vell (Sagunt, València)*, València.
- GRAU, I. (2002-2003). El jaciment de l'Arsenal i el poblament romà als entorns d'Alcoi. *Recerques del Museu d'Alcoi* 11-12, pp. 111-124.
- LLEDÓ, N. (2004). El comportamiento de la moneda de bronce en las ciudades romanas del litoral tarraconense y sus respectivos ámbitos rurales en época imperial. *VIII Curs d'Història monetaria d'Hispania. La moneda de l'imperi romà*. Barcelona, pp. 113-131.
- RIPOLLÈS, P. P. (1980). *La circulación monetaria en las Tierras Valencianas durante la Antigüedad*, Barcelona.
- RIPOLLÈS, P. P. (2002). La moneda romana imperial y su circulación en Hispania. *Archivo Español de Arqueología* 75, pp. 195-214.
- RIPOLLÈS P. P. (2004). La moneda en Ilici. *Iberia, Hispania, Spain. Una mirada desde Ilici*, Alicante, pp. 197-206.
- TORREGROSA, P. (1996). Resultados de la excavación arqueológica de ingeniería en Fontanelles (Muro de l'Alcoi, Alicante). *Recerques del Museu d'Alcoi*, 5, pp. 203-207.
- VICEDO, R. (1920-1922). *Historia de Alcoy y su región*, Alcoy. Tomo I.
- VISEDO C. (1959). *Alcoy. Geología. Prehistoria*. Alcoi.
- WEBB, P.H.W. (1927). *The Roman Imperial Coinage, vol. VI. Valerian to Florian*, London. (RIC V-1).

## Vestigios de hogares en las fases recientes de ocupación del Abrigo

Yolanda Carrión Marco

Las últimas manifestaciones de la explotación antrópica de la vegetación en Falguera la constituyen los hogares documentados en la fase más reciente de la secuencia. Se trata de un total de cinco fuegos con morfología en cubeta, localizados en los Sectores 1 y 2 (Lám. 1). Algunos de ellos aparecían completamente lavados y no ha aportado materia orgánica carbonizada, a pesar de que el sedimento que contenían mostraba claras evidencias de rubefacción. Esto puede ser fruto de los procesos sedimentarios ocurridos en el abrigo que, como se ha mencionado, tienen más carácter natural que antrópico, con numerosas arroyadas que pudieron lavar la materia orgánica de los hogares. Tampoco se asocia directamente material arqueológico a estas estructuras, de manera que no se puede precisar su funcionalidad ni su cronología exacta. Por su situación estratigráfica, parecen ser de época bastante contemporánea, tal vez asociados al murete de piedra seca que cierra el abrigo. Si esto fuera así, podría estar en relación con el tránsito eventual de pastores por el barranco y el uso del abrigo como lugar de estabulación y descanso.

No poseemos información fiable acerca de la vegetación en la Falguera durante las Fases II y I, ya que el amplio intervalo cronológico que abarcan y la visible mezcla de materiales prehistóricos y modernos hace que su contenido en carbón sea poco representativo a este respecto. Sin embargo, podemos decir que la vegetación propuesta para la Fase III enlaza ya con el paisaje vegetal actual del barranco, al menos en cuanto al abanico de especies documentadas y, podemos suponer que también probablemente se gesta en ese momento la distribución espacial que conocemos hoy. Actualmente, las zonas más inmediatas al abrigo se encuentran colonizadas por carrascas y algunos pinos, y un matorral con abundantes jaras (*Cistus albidus*) y *Rhamnus lycioides*, perviviendo en ciertos enclaves casi sobre la roca desnuda. En cotas más altas que el abrigo, el barranco se abre



Lámina 1. Hogar 5 de la Fase I de Falguera.

y allí se localiza una pequeña formación de caducifolios donde existen quejigos y algún fresno, evidentemente mucho menos extendidos que en momentos prehistóricos (Lám. 2).

Los resultados de los dos hogares que han ofrecido material muestran muy poca variedad taxonómica (6 en el Hogar 3 y únicamente 4 en el Hogar 5), como corresponde a fuegos puntuales y ocu-

paciones de vida muy corta (Fig. 1). En el Hogar 3, los taxones que ostentan los mayores porcentajes son *Quercus perennifolia*, *Cistus* sp. y Leguminosae, coincidiendo con las formaciones dominantes desde la Fase III. Hay que destacar la presencia de un modesto porcentaje de *Ulmus* sp., siendo ésta la única ocasión en la que se ha identificado este taxón en la secuencia. Es posible que en momentos recientes las formaciones de ribera



Lámina 2. Pequeña formación mixta con caducifolios en la cabecera del Barranc de les Coves.

(antes dominadas por los fresnos) se hubieran diversificado apareciendo nuevas especies, aunque tampoco hay que descartar que se trate de una aportación puntual de zonas más alejadas al abrigo, dada su ausencia en momentos anteriores y en la actualidad. En el Hogar 5 es *Quercus perennifolia* el taxón dominante (con un 80%), con cierta representación también de las coníferas (*Juniperus* y *Pinus halepensis*).

Los taxones utilizados en ambos hogares no son coincidentes, salvo en el caso de *Quercus perennifolia*, lo que prueba un oportunismo practicado en la recogida de leña. Los datos apuntan a una explotación del entorno más inmediato al abrigo, donde se desarrollarían las citadas especies, como en la actualidad, no llegando siquiera a zonas algo más altas del barranco, donde se encuentran los caducifolios. Esto contrasta con los datos existentes para la Fase III, donde la mayor riqueza taxonómica documentada es probablemente el resultado de una cronología más amplia y de un abanico más variado de actividades, ya que las formaciones vegetales no deben haber cambiado sustancialmente hasta la actualidad. Todo ello redunda de nuevo en la eventualidad de las ocupaciones más recientes de la Falguera.

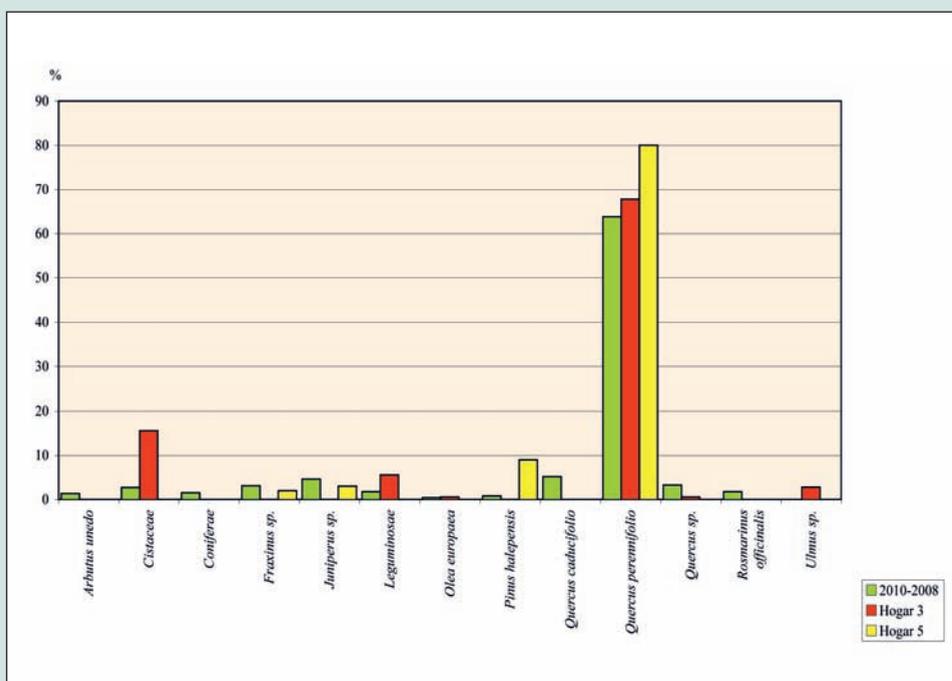


Figura 1. Comparación de los porcentajes de los taxones identificados en los hogares contemporáneos y en la Fase III.

